

# EL TERROR EN LA INFANCIA

ANA MARIA MOIX

## 1 LA ENANA RAZON

Todos los niños se sienten dominados con frecuencia por lo que se ha dado en llamar el Gigante Negro. Efectivamente, resulta tan normal que un niño tenga miedo a la oscuridad, a quedarse solo en la casa —o en una habitación, o en la calle—, a permanecer durante determinado plazo de tiempo alejado de la madre (o de la persona por la cual se siente protegido), a los gritos, a la violencia y a objetos o presencias que desencadenan en él asociaciones ligadas a cualquier otro motivo que le provoque la emoción del miedo, que suele aceptarse como un fenómeno natural propio de su edad y condición infantil. Es frecuente también que el niño se aterrorice sin ningún estímulo exterior justificable, que presente las reacciones físicas (palidez, temblor, etcétera) provocadas por el miedo y que si se le pregunta por qué tiene miedo, de qué está asustado, responda que no lo sabe. Inútil hacerle razonar que «ahí no hay nada», «son imaginaciones tuyas», etcétera, porque en tales momentos es víctima (como también sucede en personas adultas) del terror, o del miedo que se ha dado en llamar «imaginativoinSENSATO», «miedo absurdo», «fobia» e incluso «miedo supersticioso». El objeto que lo condiciona nunca ha provocado anteriormente un miedo orgánico en el ser que lo padece y únicamente está en relación con un verdadero estímulo fóbigeno a través de una cadena de asociaciones más o menos directas. Por ello, el terror, máximo grado que puede alcanzar la emoción del miedo, resulta incomprensible, absurdo e ilógico, tanto para quien lo padece como para los demás.

Resulta tan corriente que un niño sufra estos estados, que se considera normal, y en algunos casos se pretende «curar» el miedo al niño, intentar «hacerlo pasar», obligándole a familiarizarse con las situaciones u objetos que lo provocan, sin tener en cuenta que hay una serie de importantes factores so-

ciales y educacionales que lo provocan, y así como el miedo es una emoción natural en el ser humano, cuando alcanza ya el grado de terror roza el desequilibrio mental y se puede hablar ya de miedo patológico.

Emilio Mira, en su libro «Cuatro gigantes del alma», considera que son tres las emociones primarias en las que se inscriben toda la gama de reflejos y deflejos de huida, agresión y fusión posesiva que desarrolla el ser humano movido por los impulsos de preservación y expansión: el miedo, la ira y el afecto o amor. Emociones (término que engloba los aspectos neurológicos y psíquicos heredados y adquiridos, estables y mudables, colectivos e individuales de la reacción del ser humano ante el estímulo exterior) «naturales» al hombre (la biología moderna halla sus orígenes en el comienzo de la vida), a las que se une un nuevo gigante: el deber, gigante al que Mira da el nombre de «social», pues, efectivamente, no es posible considerarlo a la misma luz que los anteriores, ya que, en primer lugar, no es congénito al hombre, sino adquirido en su faceta de «ser social», ni tampoco debe incluirse en el calificativo genérico de las emociones. Pero esa emoción «social», provocada por leyes, obligaciones, costumbres, normas, tradición, incluida no sólo en códigos y mandamientos más o menos sagrados, sino encarnada en autoridades (ya sean civiles, familiares, religiosas, míticas...) que usan su poder para maniar al hombre en cuanto es capaz de conocerlas, si no es satisfactoria puede remorder las entrañas anímicas y conducir a los mismos desarreglos psíquicos que las anteriores (las «naturales»).

Para Mira son esos cuatro gigantes, núcleos energéticos, los que orientan, propulsan y a la vez limitan el universo mental y específico del hombre. Y afirma: «Tan pronto como sentimos la punzada vivencial del sentimiento o la emoción, nuestra vida se anima y colorea en la medida en que se tiñe entonces de la paralizante angustia mie-

dosa, de la impulsiva furia cólerica, del arrebatador éxtasis amoroso o del implacable "imperativo categórico del deber". Desde este momento, el "yo" se siente invadido y tironeado por los dedos, garras y tentáculos de sus gigantes, y asiste, casi siempre como mero espectador doliente, a su terrible lucha, para luego obedecer, cual remiso esclavo, al que resulte vencedor. La tan cacareada y pomposa "razón" —que tan brillantemente se exhibe cuando el individuo se halla "fuera" de la zona en donde actúan los gigantes— es ahora igualmente zarandeada y peloteada de uno a otro con la misma aparente sencillez con que una ola de tempestad altera el rumbo de una barca. Por ello no cabe considerarla, hasta ahora, más que como una enana: eso sí, muy avispada y marisabidilla, que es capaz, a veces, de aprovechar el sueño de sus tiranos para mostrarse en toda su belleza o incluso de cabalgar a su lado, cuando éstos van al paso y no están muy desvelados».

## FACTORES INSALVABLES DEL MIEDO

Si en una persona adulta la razón atacada por cualquiera de los mencionados monstruos gigantes se convierte en una enana mientras sufre la acción dominante del miedo, ira o impulso afectivo, fácil es suponer los avatares que dichos monstruos desencadenan en una mente infantil, en una personalidad en la que aún no se han diferenciado claramente los fenómenos conscientes e inconscientes.

Citando a Mira, el temor se halla en el mundo desde los albores de la vida, y en esto coinciden religión y ciencia. Pues dedúcese de los textos sagrados que Dios lo introdujo desde el principio de los tiempos. «Y vuestro temor y vuestro pavor será sobre todo animal de la tierra y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se moverá en la tierra y en todos los peces del mar» (Génesis). «A Jehová de los ejércitos, a él santificad; sea él vuestro temor y sea él vuestro miedo»

(Isaías). Las citas podrían ser innumerables, claro ejemplo de cómo la idea de la divinidad se impone al hombre acompañada del miedo, miedo que (como veremos después) se han encargado de inculcarlos —monstruosamente exagerado— las instituciones sociales y educacionales. Y para la biología actual, el miedo no es ni más ni menos que la emoción con que se acusan, en los niveles superiores del reino animal, los fenómenos de parálisis y detención del curso vital que pueden observarse incluso en los más sencillos seres vivos unicelulares cuando se ven sometidos a bruscos o desproporcionados cambios en sus condiciones ambientales de existencia. Si en un protozoo puede observarse la inactivación vital en respuesta al impacto del excitante nociceptivo, en un vertebrado puede observarse esa misma inactividad en previsión del posible daño o «shock». Y eso —a nivel psíquico o puramente fisiológico— es ya miedo. Tal previsión o anticipación viene dada por la existencia del sistema nervioso. Tan pronto como un organismo anticipa un efecto, es decir, tan pronto como establece el reflejo condicionado correspondiente, bastará la presencia de un estímulo asociativamente ligado a la acción dañina para que se observe en el ser la disminución o detención de sus más aparentes manifestaciones vitales. Un feto de tres meses puede ya experimentar miedo orgánico. Efectivamente, parece que es capaz ya de responder a estímulos eléctricos, mecánicos y térmicos que provocan una inhibición refleja y la reacción premortal reveladora de la presencia del miedo. Igualmente, un recién nacido al que se le disminuye paulatinamente su vitalidad, mediante la disminución progresiva del calor, de la alimentación, etcétera, si se le somete a un excitante exterior (se le deja caer con brusquedad sobre la cuna, se le grita..., en fin, se le da un «susto») se desencadena en él una respuesta inhibitoria; la detención o disminución de las funciones vitales que el organismo presenta cuan-

## EL TERROR EN LA INFANCIA



do sufre la emoción del miedo. Tal respuesta inhibitoria es mayor en el caso citado (un neonato al que se le disminuye vitalidad) que en el caso de un recién nacido que no ha sufrido alteración alguna respecto a sus necesidades vitales (calor, alimentación, presencia materna, etcétera). De ahí (y de otros fenómenos psicofísicos más complejos, cuya explicación sobrepasa el esquematismo de este artículo) deduce ya la moderna psicología que el miedo se nutre de carencia: de elementos indispensables para el desarrollo vital —en el caso del recién nacido— y que atañen al proceso físico del organismo, pero como veremos a partir de este momento, y cuando el niño empieza a poseer una vida representativa, esto es, cuando aparece en él la imaginación, tal carencia ataca otros niveles. Sentimiento de carencia que puede responder o no a estímulos exteriores reales y objetivos, y que según el grado de correspondencia con la realidad originará miedo o terror en el sujeto. Cuando el sujeto necesita vitalmente algo, lo busca y no lo encuentra (desde compañía hasta valor para enfrentarse con la vida, una explicación que lo justifique ante el mundo, etcétera), siente miedo hacia el fracaso de no encontrarlo. Tal carencia puede no ser real (alguien que crea no tener valor para enfrentarse a algo específico que aún no se ha presentado ante él) y en este caso, ante la falta de objeto que lo justifique, el miedo es un miedo absurdo que si no es vencido por la entereza o voluntad de la razón se convierte en objeto de terror, terror que sume a la personalidad que lo padece en el caos de la pura sensación.

### ALGUNOS FACTORES EDUCACIONALES

Los objetos del miedo son varios y experimentados por todos en menor o mayor intensidad: miedo al dolor, a la pena, a la muerte (máxima carencia, puesto que significa la nada), a las enfermedades, a la soledad, a la vida, a los instintos, a la violencia, etcétera. Pero lo que nos interesa aquí es cuándo estos objetos o agentes del miedo se convierten en motivo de terror, esto es, en elemento fóbigeno para el sujeto y, sobre todo, en el niño.

Sabido es que el terror o miedo obsesivo se origina en el inconsciente, donde se hallan reprimidas las tendencias y experiencias que lo determinan y propulsan. La representación consciente no pasa de ser un símbolo tras el cual se esconde el verdadero motivo de la emoción terrorífica, motivo que el sujeto, en este caso el niño, rechaza cons-

cientemente (por la censura moral que le impone el medio en el que vive) y que disfraza con cualquier representación (un sonido, una imagen, etcétera) que tenga alguna asociación con el motivo real. De ahí que no pueda racionalizarse el terror. Pues dado que un niño se aterrorice ante un objeto concreto, no es dicho objeto la causa del terror que le domina, sino la asociación que provoca en su inconsciente. Clásico y conocido es el ejemplo de niños que temen la oscuridad o el quedarse solos porque en tales circunstancias no pueden evitar la masturbación, y en el colegio, en el seno de su familia y entre sus amigos han oído decir que es pecado mortal, que causa enfermedades repugnantes...

Muchos son los factores educacionales que influyen para que el niño se vea dominado por el terror. Factores que en manos de instituciones pedagógicas y familiares pueden hacer que el niño venza con más o menos facilidad el miedo natural que producen en él (igual que en los adultos) los agentes primordiales del terror: la muerte (y la reli-

gión, como consecuencia inevitable) y el enfrentamiento con la realidad (con sus derivados más inmediatos: la «autoridad», los instintos, la soledad y el dolor).

Es absurdo intentar esconder a un niño la realidad inapelable de la muerte. Tan absurdo y pernicioso resulta ocultársela como disfrazarla o exagerarla. Y en este hecho tienen un papel importantísimo tanto la educación religiosa como el culto a los muertos que rinde la familia española. La mayoría de los niños tienen miedo a los muertos. Temen encontrarse a un muerto de la familia dentro del armario, debajo de la cama o al doblar una esquina. No es el miedo natural que siente el adulto ante la muerte, pues para éste es miedo a la nada, a la carencia absoluta, a pasar de la vida al vacío total. Para el niño, la muerte no significa nada (aunque quizá inconscientemente tenga noción vaga de ella), sino lejanía. Alguien muere y se le dice que ha ido al cielo. Luego vive entre adultos que lo nombran a cada momento como si siguiera existiendo. El que «se fue al cielo» vive entre los que se han quedado en tierra, es una presencia sin cuerpo que deambula alrededor, que ve, que oye y cuyas opiniones y creencias siguen pesando en el ambiente familiar. Resulta natural que el niño que siente la presencia opresora de los fan-

tasmas piense (aunque no lo formule) que el cielo está bastante cerca como para que el muerto baje de vez en cuando a pegarle un susto. Pues se le ha inculcado que ve todo cuanto hace, que sabe cuanto piensa y que está «por ahí» juzgándole. No es extraño que entre tales advertencias (no ocurre en todas las familias, cierto, pero sí en sectores que identifican a sus muertos con Dios, y como éste, un muerto «lo ve todo»), el aparato escenográfico que rodea el último suspiro (cirios, llantos, crespones negros, el santo rosario acompañado de plegarias para que acompañen al difunto en su «viaje» hacia la eternidad...), el culto celebrado en cementerios y una fiesta dedicada en el calendario (el Día de Difuntos, día en que, según creencia popular, los muertos tienen permiso para pasearse por la tierra —aunque no lo crean quienes la festejan llevand<sup>o</sup> flores al cementerio, originan la atmósfera adecuada para que si lo crea el niño o algunos niños, los más sensibles a la emoción del miedo—), no es extraño, repito, que el niño se sienta afectado por la vaga presencia de esos seres que se han ido, que han dejado de existir (idea que no comprenden y que llega a atormentarle tanto como a un adulto) y que sigue vagando, amenazante, porque le han dicho que si no reza el Padrenuestro a la abuelita, ésta se vengará. Y sigue aquí el capítulo de las amenazantes apariciones (fomentado por la religión, por la literatura llamada infantil, etcétera).

En cuanto a la educación religiosa, merece una crítica más extensa de la que cabe en un artículo. No es exagerado afirmar que un niño —o niña— educado en un colegio religioso duerme con el demonio debajo de la cama y, en la cabecera, el famoso triángulo con un ojo en el centro que representa a la divinidad, con la terrible inscripción debajo: «Dios lo ve todo». Efectivamente, en algunos colegios, las monjas explican a sus niñas que cuando por la mañana tienen pereza de levantarse para acudir al colegio, lo que sucede es que el demonio está debajo de la cama avivando las brasas de un hermoso brasero para calentar la cama, y es por eso que ellas se sienten tan bien, tan a gusto y calentitas. Por lo tanto, deben vencer la tentación y huir rápidamente del diablo para acudir al colegio y rezar, rezar mucho para ahuyentar la terrible presencia que las tortura. En los lavabos de algunos colegios religiosos, clavada en la puerta, hay una alentadora inscripción: «Cuidado, Dios te está viendo». Si el niño no estudia cuanto debe



El temor se halla en el mundo desde los albores de la vida, y en esto coinciden religión y ciencia. Un feto de tres meses puede ya experimentar miedo orgánico, y en el recién nacido se desencadenan respuestas inhibitorias ante ciertas acciones...



es porque el demonio le está poseyendo, si se distrae es que tiene «malos pensamientos», pensamientos que, naturalmente, les dicta el demonio. Por otra parte, el temor al diablo llega a ser una misma cosa que el temor a Dios, ese ojo que lo ve todo, ese espíritu que se filtra dentro de nosotros y se entera de nuestros más secretos pensamientos. Un ojo, siempre presente, que juzga y castiga y promete las llamas del fuego eterno.

Son sólo algunos ejemplos de entre una lista interminable. Lo curioso es que ante un niño que sienta miedo de la oscuridad se muestre extrañeza. ¿Es extraño que un niño tenga miedo de convivir con el demonio, que se angustie cuando afloren los instintos más naturales porque le han inculcado que si les presta atención significa, por lo menos, las tres cuartas partes de la eternidad penando y el resto purgando? Ah, pero si es bueno, si

reza mucho, si estudia lo suficiente, si llega puntual a clase, si vence el cosquilleo demoníaco de las apetencias sexuales, ¿qué ocurre? Uno se diría que, a pesar de las represiones, disfruta de cierta tranquilidad. Pero no, casi peor. Porque entonces no llega el demonio por la noche, pero la amenaza también se las trae. En tal caso, el niño verá a Dios, o a los santos, o será como ellos, como esas imágenes llenas de llagas, atravesadas por

lanzas, chorreantes de sangre, las facciones contraídas por el dolor, el cuerpo crucificado. O un buen día estará rezando para ahuyentar al demonio, a los «malos pensamientos», y lo hará tan bien que se le aparecerá una virgen para darle un mensaje. ¿Resulta anormal que un niño no quiera estar solo, no quiera estar alejado de las personas por quienes se siente protegido, porque tanto si es bueno como si no, de repente, en soledad, una presencia traspasará paredes o techo y se le presentará ante sus ojos?

No hablemos ya de los ejercicios espirituales, vapuleo horroroso bajo el cual la personalidad infantil queda a merced de las fuerzas que intentan inculcarle. Los ejemplos propuestos para el arrepentimiento del alma infantil (desde terribles apariciones a enfermedades vergonzosas) procuran mil imágenes para que el terror haga mella en la mente del niño durante largo tiempo.

Naturalmente, hay niños que no están ahogados por ninguna educación religiosa y también son pasto del terror. La sofocante presencia de una personalidad excesivamente autoritaria puede también desencadenarlo: el niño sentirá temor de no «saber hacer», de no «poder hacer», y ante la carencia (supuesta quizá) de valor para enfrentarse a lo que se le exige y la consiguiente frustración, el terror que se apoderará de él no estará representado por el objeto real, sino camuflado por cualquier imagen horrorosa (de entre las miles a las que fácilmente puede recurrir un niño a partir de lecturas, películas o vivencias anteriores) que cumplirá una doble función: ser objeto del terror y satisfacer el sentimiento de culpa (en caso de que esconda un impulso que le ha sido prohibido). Lo mismo sucede cuando se cree poco querido (no importa que sea cierto o no), enfermo o desvalido. Los padres o educadores (la mayoría al menos) adoptan una postura muy clara: este niño tiene manías, debe acostumbrarse a la oscuridad, a estar solo y a soportar la idea del dolor. Mientras, la mente infantil, en los momentos en que es presa del terror, recurre a la representación de imágenes otorgadas por la convivencia con la sana madurez, con esas personas adultas que deciden: con el tiempo perderá el miedo, ya se le pasará. Y sí, pasan a veces, con el tiempo, los estados bajo los cuales el niño es presa del terror o de la necesidad de encubrir ciertas inhibiciones, o de compensar determinadas carencias. Se supera, a veces, el Gigante Negro; otras, no. ■ A. M. M. Fotos COLITA.